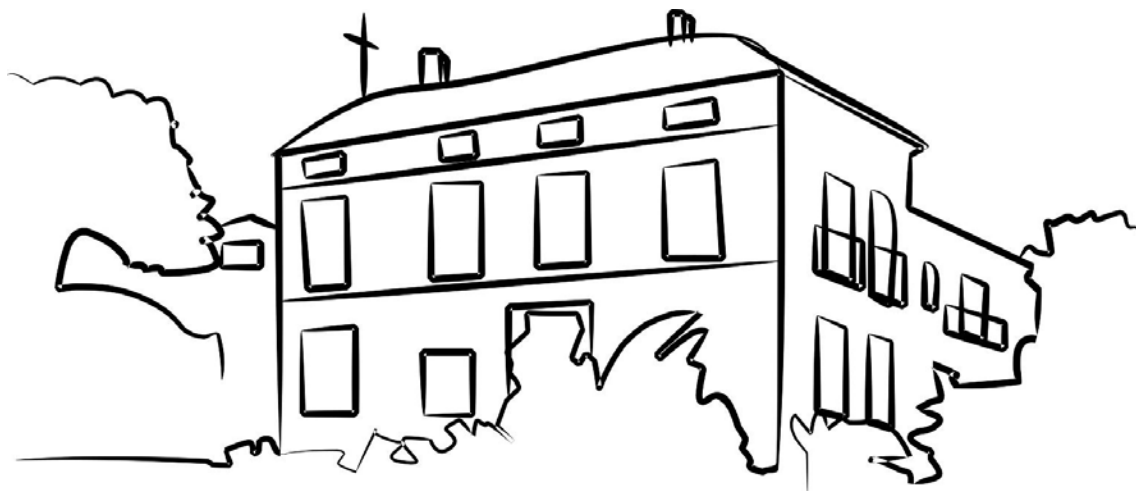


POSADA DE VALDEZUFRE

*LA
ENCINA
DEL FRANCÉS*



Querido huésped:

Al darle la bienvenida al Hotel Posada de Valdezufre, quiero hacerle partícipe de la historia de la misma.

Nunca sospeché que al adquirir las ruinas, sobre las que se proyectó y edificó el actual hotel, poseyeran una historia. Siempre sentí atracción especial por el viejo edificio y desde hacía años, cada vez que pasaba ante él, lo imaginaba reconvertido en moderno y confortable hotel. Fue un sueño ya hecho realidad, pero aun en plena obra de remodelación continuaba ignorante sobre su historia.

Cierto día, charlando con mi amigo Iñigo Ybarra, le comente de pasada las inversiones en las que me encontraba inmerso y la inminente inauguración de la última de ellas, la Posada de Valdezufre. Entonces, cayó en recordar unos curiosos sucesos que él conocía; es la historia que les presento en esta edición.

Espero que la disfruten tanto como su estancia en el Hotel.

José María Fernández.

❖ PRÓLOGO ❖

La vida siempre está jalonada de sorpresas. No se asuste si le cuento que el idílico lugar que ha escogido para descansar una noche, o unos días, fue el escenario de un escabroso drama, uno de esos hechos que pintan de locura y pasión la historia de España. Hace ya tanto tiempo que ocurrió el suceso, tantos años han pasado, que poco o nada es como entonces; los muros son nuevos, la distribución de los espacios de la posada distintos, y apenas los guijarros del patio son testigos, por desgracia mudos, de lo sucedido en la antigua posada de Valdezufre en los albores del siglo XIX.

La historia referida a continuación está cimentada en dos viejos puntales y en un detalle. Una de las columnas de la narración, quizá la más recia, la encontré de casualidad en la hermosa biblioteca del marqués de Marchelina. Es un pequeño libro editado en 1836 en la imprenta J. Espinosa de Madrid, con bonita impresión en buen papel marquilla, y vuelto a encuadernar en París en 1901. Se titula; “Oscuros y claros de un asimiento mortal”, y posee un largo y explicativo subtítulo; “Crónica real, verídica y verdadera de lo acontecido en la serranía de Aracena en tiempos de la Gloriosa Guerra de Independencia contra el pérfido Ejército Francés”. Una de las curiosidades del ejemplar en cuestión es su envoltura literaria, y es que está escrito en tercetos encadenados. Resulta difícil imaginar por qué su autor, un tal Claudio Zavaleta, eligió los tercetos encadenados como vehículo de expresión cuando es fácil descubrir que la versificación le era extraña y, en ocasiones, muy dificultosa. Y si llama la atención su torpe manera de versificar, aún resulta más intrigante el tema de la composición; intrincada mezcla de religiosidad popular y patriotismo, beatería y procacidad, puritanismo y exacerbada libinosidad. Del autor poco, por no decir nada, sé. De la lectura del ampuloso proemio de la obra se deduce que el pormenorizado conocimiento de los hechos lo debe a su amistad con el protagonista, y es dicha amistad (según sus palabras) quien le obliga a guardar en el anonimato la identidad del desgraciado, y algo pusilánime, joven. Leí aquel librito por primera vez en Cádiz, una aburrida mañana de levanterá mientras aguardaba, para almorzar, el regreso del marqués de Marchelina de su habitual paseo por los jardines de Apodaca; y olvidé su existencia y contenido, tildado entonces de fantasioso y plúmbeo, hasta dos años después.

Pasados dos años di en conocer la segunda columna de la historia. Disfrutaba entonces de una bien dotada beca otorgada por The Hispanic Society que me obligaba a cotejar, en los archivos de la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción de Aracena, las partidas de nacimiento de varios antepasados de actuales e influyentes neoyorquinos; y pasando páginas en viejos libros parroquiales, hastiado y fastidiado por una investigación cuyo único interés era el cómodo colchón económico que proporcionaba, fui a dar con una partida de defunción trasapelada entre las de nacimiento. Es frecuente encontrar documentos despistados en los archivos parroquiales; el contrato de venta de un coro de finales del XVII tallado en caoba se me presentó cierto día, en cierta parroquia toledana, asomando entre las páginas de un libro de horas... Pero volvamos a lo nuestro. En la partida encontrada la tinta negra gritó un nombre, y de inmediato, azuzado por el orgulloso recuerdo del librito leído años atrás, exclamé: “¡Coño!.. Pues era verdad”. Es fácil, si se tuvo noticias de él con anterioridad, que un nombre de sonoridad singular revuelva las entrañas de la memoria en busca de una evocada correlación; leer “Ignacio Garmendia” fue suficiente para despertar las neuronas, y deletrear a renglón seguido: “Ajusticiado”, una buena forma de excitarlas.

Terminada la anodina investigación en la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción regresé a las posesiones del marqués de Marchelina, le pedí el libro de marras y lo estudié. El segundo encuentro con el poemario ratificó las impresiones causadas con el primero y, sin embargo, encontré una nueva savia en sus versos, un jugo más amable y humano; saber que lo leído ocurrió, y los personajes, antes simples fantasmas de la trama, jugaban ahora bajo el calor de sus almas, cambiaba las cosas.

Y así, por ejemplo, al volver a leer:

“Soy el pobre pecador de Dios.
Pecador franciscano de piadosa tonsura
y muy fría mirada de pensador.
La sangre del prójimo es mi locura;
la derramada por la serranía
en tiempos de ira y pasión oscura”

Que describían al abate Guallart, la imaginación volaba para asociar su estampa a la del cura Merino, ese tipo de fraile surgido en el fragor de la Guerra de Independencia (también de las carlistas), administrando absoluciones y arcabuzazos a partes iguales.

Ya en Valdezufre, indagué sobre el conocimiento que el vecindario pudieran tener de la historia, pero poco, a no ser un detalle, saqué en claro; las inexplicables alusiones, de los ancianos del lugar, a la encina del francés. A principios del siglo XIX el caserío de Valdezufre se reducía a una veintena de casas mal contadas y, en el altozano que hoy en día ocupa, señoreaba prepotente la antigua posada. Así y todo los viejos del lugar hablan de la encina del francés.

- ¿Pero por qué se llama del francés?
- No sé... Por aquí siempre le hemos dicho a esa encina la del francés.

El árbol indicado (saliendo de la posada actual hacia la izquierda y en la otra vertiente de la carretera) ni siquiera había nacido en los tiempos en que se desarrolla la historia, pero el empeño de llamarlo la encina del francés da que pensar; el de Guernica, bajo cuya sombra juran los presidentes de la autonomía vasca, tampoco es el originario.

Mi labor en la narración, descontada las casualidades que me introdujeron en ella, ha sido la de traspasar los tercetos encadenados ya comentados a una prosa actual e inteligible, y apenas se me ha dado opción a fabular sobre el verdor del encinar, que continúa siendo idéntico al de siglos atrás. Así y todo me he permitido traducir al español algunos versos que Claudio Zavaleta, quizá para dar mayor verosimilitud a los hechos, escribió en francés en su dislocada composición. Vale.

Iñigo Ybarra Mencos
Lavadero de San Vicente
17 de marzo del 2003



Teresa... Teresa es la mirada azul, azul marino y profundo, azul que sonrío, tiembla y llora; es la sonrisa carnosa y fresca como fruta jugosa apetecida en el calor de la tarde; la nariz apenas insinuada y el cabello ondulante y trigueño; el ademán alegre y la voz tranquila. Teresa, a sus veintiún años, era el sueño soñado por mi mente confusa, un sueño hecho vida en el recóndito rincón de una España de sangre y miedo, de risa y vino, la España de Dios y la del diablo, la tierra por la que paseé las dudas de mi existencia.

Todavía, cuando ya el peso de los años agobia mis hombros con su insufrible peso de anhelos muertos, recuerdo su rostro, la voz, el leve frufú de la falda al rozar el suelo y el impreciso brillo de su sonrisa; y delante de la lumbre, absorbo en su delirio de yescas, a veces pienso en ella. Me recreo con sus imágenes como un demente en su locura, hilvanando retazos extraídos de la memoria hasta lograr encadenar la larga cinta que colorea y da sentido a mis días. Y sin embargo he de esforzarme para que el verdadero retrato de Teresa, el que me subyuga, el de la joven divertida y franca que reina en mis sueños, no quede oscurecido por el último e insufrible foganazo lanzado por sus ojos.

Porque, para mi desgracia, la Teresa surgida espontáneamente, su reminiscencia, es otra, y su representación inopinada aparece siempre pintada de indignación y odio; y aunque me empeño en rechazarla la tengo tan grabada, tan marcada en el alma evocando a diario lo ruín de mis días, que termina por nublar los escasos momentos de sosiego que me quedan. En ocasiones, acomodado frente al fuego, cuando con el silencio de la noche apenas oigo crepitar los leños, surge ese espectro sin más; y ante su visión, ofuscado por el recurrente soliloquio de los enajenados, intento convencerme de la falsedad del tenebroso espejismo, pero no en el sentido de ser irreal, no, no porque los hechos sucedieron tal y como se me presentan, pero yo nunca los pude contemplar así. De tanto pensar en ellos es posible que mi mente transformara lo visto en aquella aciaga noche; es la mirada de Teresa, tan cercana y viva, que distingo la llorosa humedad en que se derrite, y tras su azul inconfundible, el timbre lastimero de las quejas, las palabras entrecortadas pidiendo ayuda sin fuerza, sin confianza. No, nunca pude ver la escena con tanta nitidez y detenimiento.

Pero quiero comenzar la historia proclamando cuanta vida y confianza había en Teresa, cuanto amor y desinterés; deseo evocar la dicha de unos irrecuperables días, esa felicidad que, para mi desgracia, terminó volando lejos, muy lejos de mí.



Yo vivía en Aracena, en la casona que mi padre me dejara en herencia junto a unas hazas de labor; y allí pasaba los días, entre recuerdos y libros, como un antiguo hidalgo que aguantara estoico el desmoronamiento de la exigua hacienda. Al quedar a los veintitrés años solo en el mundo, unos parientes me animaron a liquidar mis pertenencias serranas y marchar a Sevilla; lo pensé, encontré más pros que contras en la decisión, pero un desconocido y sugerente hálito, un soplo de extraña esperanza, me impidió dar el paso. Aún hoy en día, cuando ha pasado ya tanto tiempo, me siento incapaz de dar alguna razón convincente sobre semejante determinación. En ocasiones creo que fue sentir en el rostro la brisa limpia y recia de la sierra lo que me animó a permanecer en ella; o el quedar dormido, en un tibio día de primavera, a la sombra de alguna encina; o contemplar el vuelo del águila al ir paseando por las huertas... Yo quería soñar, vivir soñando, ir por donde van las águilas, y sentir, como si de una señal divina se tratara, ese haz que en el crepúsculo reverberaba en la espadaña de la Iglesia del Castillo. Y fue entonces, al decidir mi continuidad en Aracena, cuando Madrid se levantó contra los franceses.

Las tropas francesas no aparecieron por Aracena hasta mucho después. Y no estoy muy seguro si su llegada coincidió con mis primeras idas a la posada de Valdezufre. Quizá me equivoque. Ahora recuerdo que ensalcé varias veces a Napoleón en presencia de Teresa, y le explicaba, con la petulancia de los convencidos, las medidas que dispondría el emperador para sacar a España de su molición; y esa actitud hacia los franceses, la admiración profesada a la Francia revolucionaria, tuvo lugar antes de conocer la realidad de sus tropas. El paso de los años esparce una inconfundible luz sobre las ideas, es una claridad que señala, como broncos monolitos, los errores que pudren nuestras almas. Desconfiad de aquellos que no se arrepienten de nada; una de dos, o son tan imbéciles que les resulta imposible cotejar los pasos de su existencia o, por contra, tan engréidos que serán incapaces de aceptar lo inevitable, la equivocación. Erré en muchos aspectos de mi vida, por ingenuidad o por orgullo, por suficiencia o desidia, no sé, quizá lo de menos sean las causas que motivaron los yerros, pero de entre todos hay uno más mortificante que ninguno; en mi mocedad, por aquellos años en que decidí quedarme definitivamente en Aracena, yo era un afrancesado.

Ahora sonrío recordando mi afrancesamiento; serlo en Aracena era extraño, inaudito y fuera de lugar. En vez de concitar indignación entre los vecinos, provocaba una simpática curiosidad, algo así como la causada por el bueno de don Quijote entre los pastores. En cierta ocasión, charlando con el párroco de Nuestra Señora de la Asunción mientras cruzábamos las frías y silentes naves del templo, le comenté algunas de mis ideas.

- ¡Por Dios, hijo!... Aquí tenemos un rey y una iglesia, no necesitamos nada más.

Y se quedó mirando el haz que hendía la oscuridad desde la alta vidriera lateral, abstraído como un místico por la luz que se abría paso perezosamente por la penumbra hasta fundirse en el oro del altar mayor; sus destellos conmovieron al espíritu más rudo, mas yo no me encontraba cómodo admirando el espectáculo.

Tampoco hallaba el sosiego en las reuniones organizadas en la casucha de Cauti. No recuerdo cuando inicie la costumbre de acercarme a las tertulias vespertinas organizadas en la covacha de Fernando Cauti pero sí, en cambio, que los asistentes siempre éramos los mismos, tres, tres almas perdidas en la vida simple y dura de la sierra.

Como es natural, el más asiduo de los tres era el propietario de la casa, hombre harto misterioso asentado en el pueblo hacía sólo un año. Según contaban quienes le vieron llegar, dió la impresión de conocer Aracena al aparecer un buen día en la plaza principal sin ni siquiera preguntar, al pasar sudoroso ante el ayuntamiento tirando de un carro de medianas dimensiones, donde se encontraba la calle a la que se dirigió sin titubeos; y en ella, ante la última de sus destartadas viviendas, detuvo por fin el sufrido peregrinaje. Esa misma tarde, limpiada la casa a conciencia según le vieron faenar, aún tuvo ánimos para descargar los bultos del carro y, ya casi oscurecido, clavar un madero en el dintel de la puerta con la leyenda: "Librería". Era de corta estatura y vitalidad deslumbrante; sus ojos negros parecían

gozar de vida propia en el rostro barbado; y sus palabras, siempre medidas y escasas, precisas y definitivas, bien pudieran ser pronunciadas por un antiguo miembro de la Santa Inquisición. Vestía una mugrienta casaca marrón y, en el pueblo, nadie lo vio utilizando prenda diferente. De él se dijo que era masón, confitero, exorcista, luterano, mago, poeta, prestamista, cirujano... Después, como suele suceder con las suposiciones forjadas por el pueblo, todas resultaron ser falsas, y ninguno de nosotros atinó a descubrir su misterio.

Al segundo de los asistentes a las reuniones, el joven Garmendia, lo conocía desde la infancia, y aunque solamente nos separaban dos o tres años, adopté, al igual que el resto del vecindario, la costumbre de adjetivarlo de joven. Yo lo veía como un inaprensible soplo de aire; espigado y pulcro, ataviado siempre con una serena elegancia, en ocasiones parecía movido por una irrefrenable ambición y, en otras, por una enternecedora mansedumbre; solía sonreír y, su sonrisa, era esquiva, como si sus labios reflejaran un frío desprecio hacia los que le rodeaban.

Me aficioné a las tertulias organizadas en la covacha de Fernando Cauti cuando ya frecuentaba la posada de Valdezufre, y quizá por ello las discusiones que manteníamos los tres amigos, bosquejadas de ideas políticas y filosóficas, un tanto disparatadas, se perdían en mis pensamientos difuminadas entre los recuerdos de Teresa. En ocasiones, impulsado por el desenfadado ánimo de los enamorados, en medio de las desquiciadas controversias les hablaba de ella; y frente a la inmutable expresión de Fernando, algo sazonada de fastidio, quedaba hierática y distante, como si con cada una de mis palabras sopesara el valor de la entelequia que aún era para él, el rostro frío y cavilador de Garmendia. Pero el día en que dijo: “Espero que nos presentes pronto a Teresa” mi ánimo se nubló bajo el agobio de la más descorazonadora incertidumbre.

En cualquier caso nunca pensaba en Fernando Cauti o en el joven Garmendia camino de la posada de Valdezufre. Muy al contrario, recorriendo la senda que acortaba camino entre los encinares, solía evocar mis primeros encuentros con Teresa. En un principio sólo había logrado intercambiar algunas palabras con ella, poca cosa, saludos formales al tomarme un vaso de vino bajo el emparrado que sombreaba la entrada; Teresa pasaba rozando la tosca mesa, lanzaba una mirada sonriente y familiar, y dejaba caer sus “buenas tardes” con ligereza, meciendo las sílabas al final de cada palabra, y eran esos breves y repetidos encuentros los que caldeaban un amor imaginado imposible. Sin embargo, una calurosa mañana del último verano, al ir distraído por la vereda que enlazaba, a campo través, Aracena con la posada, la suerte cambió.

A punto de alcanzar el arroyo Marimateo creí escuchar un extraño chapoteo, y ya cerca del lugar, quedo como un cazador, descubrí a Teresa. Estaba sentada en una roca de la orilla; las faldas recogidas casi hasta la cintura; el corpiño desabrochado; la melena asentada sobre el hombro derecho y abierta en abanico ante el pecho; y sus pies, parecidos a dos pececillos de nácar, jugueteando en el agua alegres e infantiles. No sé cuánto tiempo espiaría oculto por la jara, pero el deseo y la avidez crecían como una marea excitándome la respiración. Y no era la esbeltez de sus blancas piernas la que ejercía tan poderosa atracción, o los intuitivos pechos, sino su rostro, el semblante levemente inclinado hacia el riachuelo reflejando una sobrecogedora serenidad. A ratos bajaba una de sus manos hasta el agua para, al instante, llevarla a la frente con las escasas gotas que el cuenco de su palma era capaz de contener; entonces los rayos filtrados entre las encinas, dibujaban sobre la piel mojada, encantadores tirabuzones plateados. Y llegó un momento en que se calzó las zapatillas, y se incorporó, y al levantarse sus faldas cayeron pesadas hasta los tobillos. A un tiempo palmeó su traje para alisarlo y llevó la melena a la espalda moviendo ligeramente la cabeza; y quedó de pie frente a mí, con los senos temblando entre las luces y sombras tamizadas por las copas de las encinas. Al momento comenzó a abrocharse el corpiño, y como hiciera esa labor mecánicamente, sin preocuparse, mantenía la mirada en otro lugar, en la jara que me ocultaba. Aquello fue suficiente para que los nervios me traicionaran.

- ¿Quién anda ahí?

Azorado, sin poder pronunciar palabra, surgí del escondrijo procurando sonreír, intentando dominar el patético rictus en que se convirtió la pretendida sonrisa.

- ¡Ah... Eres tú!... Que susto, imaginé un desconocido.

Fueron palabras tranquilizadoras, tanto es así que la sonrisa terminó siendo auténtica, y suficiente para usarla de escudo al ir hacia ella. Luego, sin apartarnos de la orilla, estuvimos unos minutos hablando atropelladamente sin decirnos nada; y nunca averigüé, ni jamás me atreví a preguntarle, si supo de mí presencia escondida, si esa forma de abrocharse el corpiño fue una invitación, un reto, o simple reflejo de su inocencia.

La conversación continuó sin atrapar ninguna idea hasta decir ella: “No sé como no te derrites con esa casaca” para a continuación, haciendo gala de una llamativa ligereza, agacharse y volverse a incorporar trayendo un pañuelo empapado entre sus manos; y sentí la caricia de una mariposa refrescándome el rostro.

- ¿Me acompañas a la posada?

Sí, claro; deseaba acompañarla, y abrazar su cuerpo, y besar los labios que comenzaron a tatarrear tan sólo iniciar la marcha.



La posada de Valdezufre estaba situada en un lugar singular, cerca del camino real, a unas tres leguas de Aracena. Ocupaba un breve y airoso altozano circundado por bosques de quejigos, encinas y alcornoques. Era un último refugio para el viajero antes de llegar a Aracena, y los arrieros, que bajaban de Tierra de Barros surtiendo de cereal y vino los poblados mineros de la comarca, los usuarios más fieles. Tenía un amplio portón de entrada, suficiente para dar paso con holgura a los carros; y en la fachada, creciendo a los pies del muro, dos parras retorcidas que ascendían hasta los tres metros y se extendía por unos maderos sombreando el terrazo. La entrada conducía a un gran patio de labor solado de chinos; y al fondo, desde los establos, solía oírse los relinchos de la caballería. Una puerta en el patio de labor daba acceso a la posada, a su mesón más bien, que era amplio y alargado, con la imponente chimenea en uno de sus extremos, y mesas y taburetes alineados junto a los muros. A la cocina se pasaba a través del pasillo abierto cerca de la chimenea y, a las habitaciones, por la escalera con rellano construida a la derecha de la entrada, que terminaba convertida en galería abierta y adosada a media altura, al muro interior del mesón.

Los arrieros no solían ocupar las habitaciones; eran hombres acostumbrados a dormir en los establos, junto a las bestias, y en días muy fríos se las arreglaban en el mesón, cerca del fuego, donde en un santiamén extendían sus jergones. Y resultaba normal que esos cuartos, cuyas puertas eran visibles desde la sala, permanecieran vacíos.

Dos años hacía que el ventero Tortajada regentaba el negocio junto a su hija. En realidad nunca me acostumbré a tratar al padre de Teresa, y creo que él siempre me vió como a un intruso. Sin embargo había algo en su personalidad poderosamente atrayente, quizá fuera la mirada impenetrable, las carcajadas francas y salvajes, o los lapidarios comentarios lanzados contra cualquier desgraciado que se cruzara en su camino. El ventero Tortajada era un personaje, y yo, por gracia o desgracia, quedaba al margen de su vida; quizá su mente abierta y despejada intuyera mi futura traición.

Su vida era novelesca. Siendo niño se alistó de grumete en la armada, y su carrera terminó al comenzar a disfrutar del grado de contramaestre, tras perder una pierna y ganar varias cicatrices en Trafalgar. Había navegado por todos los mares conocidos, recalado en los más fantásticos puertos y, sin embargo, nunca le oí hablar de sus tiempos de marino. Era Teresa quien me desgranaba las peripecias náuticas de su padre; los horrores pasados aquel nefasto veinte de octubre de 1805, ese día en que la torpeza del almirante Villeneuve dio al traste con la flota española; o su suerte a la hora de lograr salvar el pellejo del infierno en que se convirtió el “Santísima Trinidad” (el mayor velero construido en el mundo hasta la fecha), antes de irse a pique con lo más valeroso de la marina española. A veces, en tanto yo pasaba el rato sentado bajo el emparado, en esos días fríos y despejados de invierno en el que el aire de la sierra tiene algo de marino, lo veía por el altozano balanceando su corpachón sobre las muletas, detenerse ante el desnivel, y contemplar el encinar mecido por el viento; y la barba, y las guedejas rebeldes, le conferían la imagen de un legendario lobo de mar oteando el horizonte en busca de su nave. En ocasiones, al regresar de sus solitarias ensoñaciones, reparaba en mí, y deteniendo el balanceo al alcanzar los dominios de la parra, soltaba una impertinencia antes de continuar al interior de la posada: “¡Qué! Trabajando duro”.

Por entonces, en las tardes en que observaba a Tortajada ensimismarse con la brisa que peinaba la sierra, poco o nada me importaban sus zanganadas, a fin de cuentas en esos días mi relación con Teresa alcanzaba su punto más álgido.

Fue ella quien decidió dar el paso crucial. El ventero Tortajada había tenido que ir al pueblo a recoger provisiones, y yo rondaba la posada haciendo tiempo para entrar a almorzar. Al ser la hora ocupé una de las mesas del mesón, y casi al unísono se sentó frente a mí un huésped llegado la noche anterior; un joven escurridizo, puro nervio, de mirada inquieta, rostro anguloso y conversación asombrosamente vivaz. Alfredo Valenzuela, el compañero de mesa, pasaba por ser licenciado en leyes dedicado a preparar su doctorado, un estudio centrado en el humanista Arias Montano.

- ¿Usted conoce la casa de Arias Montano? Está cerca de aquí, por Alaja... ¿No?
- Sería mejor decir los restos -le indicó evocando los muros derruidos en la peña.

En la comarca todos conocemos las ruinas; el que puede no deja de ir al lugar el ocho de septiembre, que es el día en que se celebra la romería de la Virgen de los Ángeles en la ermita que hay allí.

El licenciado Valenzuela continuó hablando de la vida y obra de Arias Montano; la ida del humanista al concilio de Trento, su paso por la corte, el retiro en la peña y su muerte en Toledo. Y no recuerdo bien si el licenciado tomaba excesivo vino, pero sus ojos a cada momento parecían más vidriosos y, su lengua, más procaz. Poco a poco fue abandonando los temas históricos y abordando otros de cariz prosaico salpicados de expresiones soeces. Entonces, al traernos Teresa unos higos secos de postre, comentó a media voz:

- ¿Quién tendrá la suerte de montarse a esta?

Y esas palabras, que él acompañó con una desconcertante mirada, una mirada fluida y lasciva, fue suficiente para que la ira aflorara a borbotones desde lo más profundo de mi ser y estallara en un arranque de cólera; y el licenciado rodó por los suelos con mis manos aferradas a su cuello. Exánime y asfixiado podría haber quedado el lenguaraz de no aparecer, atraída por el estropicio de platos, Teresa.

- ¿Qué pasa aquí?

Solté la presa. Valenzuela se incorporó sacudiéndose displicente el polvo de la levita y, su rostro, adoptó una extraña expresión, una mueca entre lujuriosa y mística.

- Nada importante... un pulso; echábamos un pulso y no sé como terminamos por los suelos -y volviéndose hacia mí cuando ella concluyó de recoger los platos rotos y los higos desperdigados por el suelo, continuó-: Lo siento, en ocasiones no sé lo que digo, no era mi intención ofender.

La disculpa sonó sincera, sentida, como la de los niños tras las trastadas. Una hora después el licenciado Alfredo Valenzuela partía, a lomos de mula, hacia la Peña de Arias Montano. Y de nuevo quedé solo en la posada.

- Parece que ese licenciado estuvo poco tiempo entre nosotros -comenté a Teresa al sentarse ella frente a mí.

- No te creas... Ha dejado sus cosas en la habitación, y me ha dicho que se la tenga reservada hasta que regrese dentro de unos días -se le iluminó la sonrisa, y un destello de picardía pintó sus ojos al levantarse y decir-: Ven, acompáñame un momento...

Y la seguí escaleras arriba rumiando el tono de su voz, el sedoso acento de la última frase. Porque en ocasiones basta una modulación diferente en la voz de una mujer, más serena y apagada en este caso, para saber que un hálito nuevo e inesperado bulle en su alma, como si con cada palabra quisiera afirmar esos pasos que ella no sabe muy bien hacia donde le conducirán.

Vacilante frente a una de las habitaciones que daban a la galería se apoyó de costado en la puerta, me miró maliciosamente y giró el picaporte. Una luz blanca y cegadora se lanzó sobre nosotros desde la ventana, luego, al acostumbrarse los ojos a las reverberaciones de las paredes encaladas, logré ver un baúl abierto bajo la ventana, y la cama de hierro pegada a la pared con un tosco crucifijo de madera colgado en la cabecera.

- Es la habitación del licenciado -susurró Teresa al ir a entrar, como si temiera que algún inexistente huésped la oyera-. Tenía curiosidad por saber que trae en el baúl; cuando llegó, él venía andando y ese muerto cómodamente en su mula.

Y se perdió en un rabioso contraluz al acercarse al baúl para, al momento, surgir nítida y precisa en cuclillas bajo la ventana; y los rayos provenientes del exterior, antes de incidir

oblicuos sobre el pobre suelo, rozaban su coronilla pintándola de fuego. También yo terminé fignoneando el baúl, y de rodillas, junto a Teresa, mis manos tantearon ropa y libros hasta terminar presas entre la tibia delicadeza de las suyas.

- Fue por mí lo de antes ¿no?; te peleaste por mí ¿no?

Creí soñar percibiendo las pulsaciones de sus manos al oírla, y más aún al descubrir su rostro aproximándose lenta y decididamente.

El beso fue sólo el prelude, un prólogo a las horas de amor sucedidas ininterrumpidamente en la misma habitación. Ahora, transcurridos tantos años, soy incapaz de describir aquel gozo, esa comunión de cuerpos seduciéndose en un continuo éxtasis. No, el tiempo lo borra todo y consigue eliminar los vestigios de nuestra existencia, pero aunque sea inútil transmitir en palabras la pasión que se apoderó de nosotros, conservo, gracias a Dios, una imagen clara de ella: Caía la tarde, y la fiesta de luz que nos saludara al entrar en la habitación era ya una tenue claridad, lechosa y aterciopelada, danzando tranquilamente sobre la pereza del deseo ahíto. Había comenzado a vestirme al lado de la ventana y disfrutaba de las caricias de la brisa; fuera, entre las encinas, reinaba el guirigay de los pájaros que regresaban a sus nidos. Y atraído por la visión de las serenas ondulaciones del cuerpo de Teresa, al coger la camisa la olvidé entre las manos y permanecí unos minutos mirándola; tumbada boca abajo, con el rostro vuelto hacia mí, dormía como una niña. Su pausada y rítmica respiración dejaba una oblonga manchita de humedad en el hilo blanco de la almohada, y el cuerpo desnudo, sonrosado por la parca luz, aparecía despreocupado sobre las sábanas en la entrañable flacidez del sueño; una mosca fue a posarse un instante en su pómulo, y el movimiento reflejo de la mejilla modeló la sonrisa de sus labios.

Terminé de vestirme mirando al exterior, a los campos que, poco a poco, acogían el silencio del anochecer; veía el recodo del camino que el encinar dejaba al descubierto, y mientras meditaba en la nueva vida que el amor de Teresa me depararía, descubrí acercándose, pequeña y difusa, la tartana de Tortajada. Entonces fui a la cama, me senté en el borde, y besé los labios entreabiertos y sonrientes de Teresa.

- Tu padre está llegando -le comuniqué al abrir ella los ojos, y como diera un respingo, la tranquilicé-, le quedará media hora para llegar.

Nunca supe si el viejo contraamaestre tuvo conocimiento, o sospechas, de las relaciones mantenidas con su hija, pero su forma de ser con respecto a mí no cambió en absoluto, y continuó bronco, distante, siempre con el huidizo desprecio brillando en la mirada.



Y los franceses llegaron a Aracena. Ese día ayudaba a Teresa, en la pradera que antecedió al encinar, a destrabar al burrillo utilizado en el acarreo de la leña cuando los vimos llegar por el camino real de Sevilla. Primero oímos el relinchar de la caballería y, al poco, el seco retumbar de las herraduras contra el firme. La columna pasó marcial y disciplinada, reflejando el orgullo de los ejércitos victoriosos. Sonreí al verlos, sonreí de satisfacción contemplando el desfile de los representantes de la Francia nueva y culta, sonreía observando a los soldados que nos traerían la ilustración; y mi sonrisa fue suficiente para Teresa.

- ¿No te da vergüenza?... Vienen a robarnos y tú tan contento.

Mejor talante encontré al llegar la noche en casa de Fernando Cauti. Al anfitrión le desbordada la alegría, un contento casi infantil que pronto nos contagió a Garmendia y a mí.

- ¡Teníais que haber visto las caras de las monjas cuando las echaron de Santa Catalina!... Se les acabó el vivir del cuento.

Los franceses no habían dudado en ocupar el viejo convento de Santa Catalina para instalar su cuartel, y contra el parecer del vecindario nosotros no vimos en la excomunión de sus monjas un ultraje o una clamorosa blasfemia, sino el paso necesario para la secularización de la España beata y fraileira que nos agobiaba; y haciendo planes y suposiciones sobre el eminente futuro, se nos pasaron las horas en casa de Fernando Cauti animados por el continuo y exacerbado divagar de los iluminados.

No hubieron de transcurrir muchos días desde el asentamiento de las tropas francesas en Aracena para que confraternizáramos con ellas. Una tarde, en casa de Cauti, leyendo yo cerca de la chimenea mientras él ordenaba las pobres estanterías, unas carcajadas en el exterior nos hicieron dirigir las miradas hacia la puerta; al instante vimos entrar a Garmendia acompañado por un oficial francés. A Fernando Cauti se le iluminó el rostro, como si con Garmendia viniera un dios prometido y esperado.

J. Serallé, teniente de coraceros de la primera columna del decimosegundo regimiento del ejército de Soult, al mando del general Girad, nos miró, antes de tomar asiento en uno de los taburetes dispuesto alrededor del fuego, con la altivez generada por su altura, el uniforme y su nacionalidad. Chapurreaba español y nosotros hablábamos francés, y como con la sonrisa traía también dos botellas de vino, pronto circuló la bebida en los vasos de latón que Cauti sacó de su alacena. La conversación daba los inevitables bandazos de la premura, pero a los tres nos cayó bien aquel francés sonriente que atendía a nuestras palabras acariciándose tranquilamente la barba, o apartando, con rápidos toques de mano, el cabello castaño caído sobre la frente. Mas los temas intrascendentes de la conversación enfilaron la política al comentar Garmendia:

- Nosotros somos los únicos fiables que hay en Aracena... El resto del pueblo está en manos de los curas y de sus supersticiones.

- Pues tenemos órdenes de cambiar todo este estado de cosas -respondió Serrallé seguro y altivo-; por lo pronto tendremos que sustituir a las autoridades y poner en su lugar a los afectos.

Días después, como si fuéramos un grupo de confabulados, igual que en Roma hicieran Antonio, Octavio y Lépido, nos vimos garabateando listas de perjudicados y favorecidos por la fortuna.

- ¿Y este José María Fernández es de fiar? -preguntaba Cauti tras oír uno de los nombres propuestos por mí-. Tengo entendido que es reaccionario.

- Si lo tachas yo haré lo mismo con Castillo, a fin de cuentas Castillo trabajó para la Inquisición.

Y así, con la suficiencia y el valor nacidos a la sombra del poder, fuimos repartiendo prebendas y desaires entre amigos y enemigos. En mis conversaciones con Teresa salían a relucir estas componendas, y ella, al oírlas, trocaba su natural humor por otro más tosco y desabrido. De nada valía intentar convencerla de las ventajas que el pueblo obtendría con Garmendia de Corregidor, del mayor grado de libertad y justicia que se disfrutaría, o del previsible fin de las sisas en las arcas municipales al ser nombrado Cauti secretario del Consistorio; ella, aún sin conocerlos, los rechazaba.

- Mi padre perdió la pierna por culpa de los franceses y no voy ahora yo a hacerles la cama.

Así las cosas, quizá influenciado por Teresa, quizá porque aquellos disciplinados y orgullosos soldados con el paso de los días se convertían en displicentes e informales, desmedidamente aficionados al vino y a las mujeres, fui cambiando de forma de pensar; y en las reuniones en casa de Fernando Cauti ya no atendía esperanzado a las explicaciones de los futuros cambios previstos para el país. Además, las bravuconadas del joven Garmendia en sus primeros pasos como Corregidor, y las acechanzas de Fernando Cauti tildando a todos de reaccionario, me causaban un profundo malestar.

El impulso final a la paulatina metamorfosis sufrida por mi afrancesamiento fue una combinación de asco y temor, de repulsión hacia los hechos que se sucedieron y recelo ante el incierto porvenir. Dos inquietudes que me atraparon en un mismo día y con tan sólo horas de diferencia. Había almorzado en casa, y tras la breve siesta partí a caballo hacia la posada; iba relajado en la silla, dejando las riendas sueltas y confiado en el paso cansino y soñoliento del animal. Al pasar por Nuestra Señora de la Asunción me sobresaltó el ir y venir de soldados, los carros parados ante su puerta, y entre el barullo de sacos y bultos cargados en ellos, los reflejos de un pequeño Cristo de marfil.

- ¿Qué hacéis con todo esto? -pregunté a uno de los soldados; y como me conocieran de verme pasear con Serallé, contestó con cierta formalidad.

- Van para Sevilla; hay órdenes de llevar todas las obras de arte a Sevilla.

No, no era Sevilla el destino final de las joyas acumuladas por los siglos y la fe en Nuestra Señora de la Asunción. Y esa impresión, la visión del robo realizado por los supuestos amigos, me agobió como una cruz en el resto del camino.

Tampoco en Valdezufre encontré el sosiego. En vez de la paz de una mirada y unas palabras, encontré la desazón más completa al bajar de la montura y oír, en tanto conducía el caballo a los establos, las voces de Garmendia y Serallé. Luego, al ir a entrar en la posada, encontré al ventero Tortajada apoyado en la jamba de la puerta.

- ¿Esos de ahí dentro son tus amigos? -y tras escupir contra los chinos y acariciar la faca guardada en la faja liada a su voluminosa cintura, sentenció: Que tengan cuidado con lo que hacen.

Garmendia y Serallé me recibieron alzando sus voces bañadas en vino, y yo los saludé apurado, aunque no tanto como poco después al pasar Teresa ante nosotros; y minuto tras minuto las bromas de mis amigos, sus insinuaciones y gestos, fueron rasgando mis pensamientos con el innoble filo de sus dialécticas espadas. No pude aguantar mucho tiempo el lento suplicio y, con un simple pretexto, marché en busca de Teresa.

La encontré en el exterior, bajo una encina, a la sombra del mismo árbol que otras tardes acogiera nuestras confidencias. Apenas dulcificó el enojo de su semblante al verme; su respiración tenía la agitación de la intranquilidad y, su mirada, la lejanía de la ausencia.

- Yo también los detesto -murmuré al sentarme a su lado.

Y volvió su rostro para mirar me unos segundos en silencio.

- No lo suficiente -terminó sentenciando molesta y distante. Había flexionado las piernas y, sus brazos, las cernían; parecía contenerse para no salir corriendo.

- He cambiado Teresa. He comprendido lo que está pasando.

Y aunque en días sucesivos continuáramos amándonos, comencé a distinguir, en el solapamiento de espíritus forjados en nuestra relación, la gota de acíbar que la enrarecía; era el presentimiento de la tragedia, o del destino, ese difuso saber que predice ineluctable la cercanía del acontecimiento definitivo.



Por aquellos días regresó el licenciado Valenzuela. Volvía con su natural desparpajo y en compañía de un fraile y un caballero. Al abate Guallart y al criollo Manuel Gregorio, al hombre de Dios y al del mundo, los conocí la misma tarde en que llegaron a la posada, y eran tan diferente uno de otro como los dos del licenciado al que acompañaron. Había sido el azar quien les uniera a camino de la posada; a Manuel Gregorio promoviendo la rotura de una de las ruedas del coche que lo conducía a Lisboa para embarcar rumbo a Méjico; al abate Guallart incitándole, en su retiro de anacoreta, el deseo de empuñar el trabuco contra los franceses.

Las maneras de Manuel Gregorio eran de una tildada y exasperante caballeridad, y a leguas se descubría su educación y riqueza. Calzaba botas acharoladas de caña alta, vestía pantalones de ante marfileño y casaca azul y, su cuello, permanecía oculto por una pañoleta de seda blanca que ni el polvo del camino se permitió macular. A Teresa tampoco le pasó desapercibida la apostura del criollo cuando, por dos veces, al pedir alojamiento y al sentarse para la cena, él le agradeció el servicio ofreciéndole su blanca sonrisa y un “siempre a sus pies señora” pronunciado con la cautivadora musicalidad de los criollos mejicanos. Era hombre dispuesto a ganarse el aprecio de los demás y, sin embargo, su presencia en la posada supuso para mí el origen de las nuevas e inquietantes incertidumbres que me escoltaron de vuelta a Aracena.

Al caer la noche, y por aplacar al desapacible gusano instalado en mi alma desde la tarde, fui, venciendo los escrúpulos, a la casucha de Cauti. Hacía tiempo que no asistía a las reuniones, más o menos desde la expoliación de Nuestra Señora de la Asunción, y al traspasar la puerta sólo encontré semblantes fríos y palabras secas. Pero no era por mí la destemplanza de la tertulia, sino resultado de las noticias transmitidas por Serallé aquella mañana: “En tres o cuatro días la columna salía para unirse al regimiento del general Girad... Según parece el general Ballesterero está merodeando por los alrededores”

- Y si pierden... -murmuraba Cauti temeroso y aprensivo-... Si pierden se nos pondrán las cosas difíciles.

- ¡Imposible que el ejército imperial sea vencido!; se ha paseado por Europa y no va a ser en Aracena donde tropiece.

- Está Bailén - le recordé a Garmendia.

Las preocupaciones de los antiguos amigos fueron como un reconstituyente para mí; y los dos semblantes hieráticos y pensativos acabaron, gracias a las nuevas expectativas que proporcionaban, eliminando el envidioso gusano nacido horas antes en la posada. Y yo, a cada momento más sereno y feliz, creí oportuno abandonar la casucha que ahora, sin el velo del afrancesamiento, encontraba patética. Me levanté sin disimular la alegría, y vigilado por las torvas miradas de los otros me dispuse a salir.

- Serallé quedó impresionado con tu querida -descorría ya el cerrojo de la puerta al oír el comentario de Garmendia, y dudé en volverme para mirar su rostro, sin embargo sus siguientes palabras-: Mañana le hará una visita... Por lo visto quiere despedirse antes de su partida -me lanzaron a la calle sin mirar atrás.

La frase se deslizó por mi espinazo como una lengua de fuego; y regresando a casa por las cuestas empedradas de Aracena la inquietud se apoderaba de mis pensamientos.

Fue un descanso desasosegado el de aquella noche, febril y agobiante hasta que me despertó, empapado en sudor, un incisivo dolor de cabeza. Abrí la ventana intentando encontrar alivio en el aire fresco, pero en vez de la deseada brisa encontré la quietud más completa; amanecía un día oscuro, opresivo, de nubes plomizas y bajas, de nubes sombrías y funestas atrapadas por la sierra. Ni siquiera probé el desayuno preparado en el comedor, y la criada, esa entrañable sirvienta dispuesta a bromear cada mañana, no pudo menos que preguntar:

- ¿Le ocurre algo al señor?

Para aguardar compungida la respuesta, una respuesta que no llegaba porque, sentado ante los rescoldos de la chimenea, cerré los ojos intentando olvidar el dolor.

- ¿Desea el señor que le traiga algo?

No, no quería nada, sólo descansar, intentar deshacerme de la tremenda opresión que me embargaba. Pero realicé un esfuerzo.

- Diga que tengan el caballo preparado para dentro de dos horas.
Y volví a sumirme en la nada.

No mejoró el malestar con el paso de los minutos, pero de algún modo el cuerpo se acostumbró a su esclavitud, a deambular con el sufrimiento del dolor; y arrumbado en la montura, amoldado al cansino y pesado paso del caballo camino de la posada, observaba desganado los nubarrones que no se decidían a descargar.

Pero no todo se presentó funesto aquella mañana. Ya en Valdezufre la voz de Teresa resultó tan aterciopelada como siempre y, su mirada, más brillante y pícaro que nunca. Y no menos agradable resultaron las palabras que Manuel Gregorio me dirigió al ir a sentarme a su mesa:

- El coche lo tendré listo para salir mañana a primera hora; han tenido que ir a Sevilla a por la rueda, por lo visto en Aracena no la podían arreglar.

- ¿Y Valenzuela? -inquirí más animado.

- Está con sus libros en la habitación -aclaró el abate Guallart arremangándose el andrajoso hábito al sentarse con nosotros-. Es un herético, todos sus libros están en el Índice de nuestra Santa y Apostólica Iglesia.

Y dejó caer el comentario sin convencimiento, como si las normas eclesiásticas no fueran con él y le fastidiaran.

El fraile era un sujeto desconcertante; no sabíamos qué hacía por los montes, ni qué orden profesaba. En su hábito se descubrían reminiscencias franciscanas pero, en cierto momento, al sentarse junto a nosotros, bajo su burda vestidura quedó marcada la silueta de una enorme faja. El día anterior había mantenido una larga conversación con Valenzuela, y en ella lo mismo relucían sentencias de santo Tomás como epigramas de Voltaire. Ahora el dolor de cabeza apenas me permitía prestarle atención, y sus palabras "creo que se está preparando una buena por aquí cerca con el general Ballesteros", resbalaron por mis oídos confusas e indescifrables.

El ventero Tortajada, sentado al lado de la chimenea, parecía absorto en las llamas; de vez en cuando, al cruzar nuestras palabras la estancia con algo más de ímpetu, no miraba desdeñoso y aburrido. Y sin embargo se irguió en el taburete como en estado de alerta cuando, por un instante, la oscuridad del día sucumbió a la blancura del relámpago.

- Cayó cerca -afirmó convencido, y aún escuchábamos sus recias palabras al restallar el trueno.

- Pues sí que cayó cerca -certificó Manuel Gregorio levantándose. Luego, al ir hacia la chimenea, continuo-: Señor Tortajada... ¿Cogió usted alguna buena tormenta en la costa mejicana?, las de allí sí que son tormentas.

- Aquellos mares no se andaban con chiquitas; le juro que no hubo mares ni tierras, y mire que he visto más de las que pueda recordar, que me gustaran tanto como las de Méjico.

Había cierta complicidad entre Tortajada y el criollo al continuar conversando a media voz de cara a la chimenea. Y al percibir la fluida relación que mantenían, ese afable trato que yo

nunca conseguí con el ventero, mi dolor de cabeza pasó a un discreto y olvidadizo segundo término.

Desistí de ser testigo sordo de la escena, y buscando una distracción fui hasta la puerta, la entreabrí, y quedé contemplando el exterior. Con la tormenta los nubarrones, azuzados por el viento del oeste, emprendían una lenta marcha. Las primeras gotas formaron circuitos oscuros en el polvo, o impactaron sobre las hojas secas de la parra; y era relajante oír el rítmico y creciente chapaleteo, como si el olor a tierra mojada fuera adormeciendo mis pensamientos. Minutos después la lluvia se precipitaba sobre el encinar de forma salvaje y continua y, los campos, se difuminaban bajo una cortina de agua.

El aire henchido de humedad, el soniquete de la lluvia, la belleza del encinar bajo el diluvio, y ese viento que soplabá a cada momento más recio, fueron devolviéndome la calma y desmenuzando mi inconcreto malestar. Cerré la puerta y volví a sentarme pero, ahora, solo, frente a Guallart y Valenzuela, que había abandonado la lectura al precipitarse la tormenta. Tortajada continuaba junto al mejicano, pero se mantenían en silencio, hipnotizados por el fuego; y todos los presentes parecíamos aburridos o hastiados. Únicamente Teresa, en los momentos en que se dejaba ver camino de la cocina o las alcobas, nos hacía sonreír, unas sonrisas que ella nos extraía con sencillez gracias al sarcasmo de sus palabras: “¿Os divertís?”, “bonito día ¿eh?”. Y yo disfrutaba tanto con la esencia de su voz, o con los efímeros reflejos de su persona, como si en esos momentos la estuviera besando. Sin embargo, en ese ir y venir de Teresa, en su continuo trajinar, reparé en algo inquietante; era el conturbador fulgor de las miradas de Valenzuela y Guallart, unas miradas fijas, brillantes, rebosantes de deseo. En una ocasión, cuando garbosa y coqueta Teresa se colocó una pañoleta roja sobre los cabellos para salir al patio de labor en busca de un manojo de cebollas, sus miradas se cruzaron con la mía; fue cuestión de un instante, un detalle imperceptible si no se estaba sobre aviso, y fue el abate Guallart quien quiso borrar aquella extraña impresión:

- Únete a nosotros; la tormenta va para largo y ahí te vas a quedar dormido.

Diez pasos separarían las dos mesas. Quise hacer caso al abate y dejé mi taburete, mas no logré avanzar, quedé clavado al escuchar un portazo a mis espaldas y, helado, al volverme y descubrir, en el vano de la puerta, la figura empapada de Serallé.

- No le sirvió de mucho el capote -fue lo único que se me ocurrió decir cuando entró sonriente y seguro dejando un rastro de agua a su paso.

Guallart y Valenzuela se sorprendieron de la familiaridad del saludo, y Tortajada, al ver al francés avanzando hacia la chimenea, agarró sus muletas y se escabulló a la cocina.

- Espero no haber interrumpido ninguna fiesta -dijo Serrallé mientras se despojaba de la casaca dando la espalda al fuego.

- No se preocupe -respondió Manuel Gregorio regresando a la mesa-, sólo aguardamos a que escampe.

- Difícil lo veo, la lluvia está arreciando y hace un día infernal. A mí me cogió la tormenta a medio camino y dudé entre seguir o regresar, pero me dije, “qué diablos” y espoleé el caballo.

Pasados unos minutos, quizá por curiosidad, o por entretener el aburrimiento, Valenzuela y Guallart se acercaron a la chimenea, y los tres hombres en torno al fuego componían un curioso y heterogéneo grupo. Manuel Gregorio continuaba impassible, erguido y distante, como si su condición de criollo le diera cierta garantía de independencia. Yo, sin saber muy bien que hacer, quedé a medio camino, disimulando estar entretenido con las volutas del humo de un cigarro recién encendido. Entonces regresó Teresa con su pañoleta oscurecida por el agua y el manojo de cebollas entre las manos; y no se detuvo al saludar al francés inclinando levemente la cabeza.

Tras algunos comentarios en torno a la tormenta el teniente Serrallé pidió vino; y poco a poco, como moscardones atraídos por la miel, los demás nos fuimos congregando alrededor de la jarra. La bebida nos unió gracias a su lenguaje fácil y agradecido, y nos hacía parecer amigos dispuestos a pasar un rato agradable; pero era sólo una bonita ilusión.

Y las horas pasaban, y la tormenta proseguía; y la luminosidad instantánea de los relámpagos, los fregonazos de su luz espectral, clareaban la habitación descubriéndonos la sonrisa ebria del teniente Serrallé.

- Mañana nos uniremos al general Girad... se acabó la buena vida.

Los demás callábamos como si estuviéramos escuchando al mismo Napoleón. Ni siquiera el abate Guallart le oponía resistencia dialéctica utilizando sus afilados silogismos. Sí, el teniente Serrallé, alzado en su apostura, protegido tras el vistoso uniforme, nos intimidaba. Sólo Manuel Gregorio se mantenía distante y ajeno, como si la suerte de franceses y españoles fuera intrascendente para sus intereses y preocupaciones.

Fue Tortajada, al aparecer de la cocina e ir hacia la escalera, quien me abrió los ojos ante una situación aún no prevista.

- Te espera una buena de vuelta a Aracena. Y a usted -terminó diciendo al señalar con la muleta a Serrallé- le digo lo mismo.

El francés levantó su copa hacia Tortajada en un gesto que bien pudiera ser de saludo o desaire, pero ya el ventero le daba la espalda balanceando el corpachón hacia la escalera.

- Te puedes quedar en mi habitación -me dijo Valenzuela- hay sitio de sobra para extender otro jergón, el fraile también pondrá el suyo.

- Yo aguardaré a que mejore -explicó Serrallé con cierta rapidez nerviosa en sus palabras, como si con ellas buscara una excusa-; aquí, con vino y fuego, puedo aguantar hasta el amanecer.

Vaso a vaso fui sintiendo un nuevo valor, el falso arrojo auspiciado por el vino, una osadía que me animó a dejar el grupo para intentar estar un rato a solas con Teresa. La encontré en la cocina, sentada en un taburete frente al hogar, con los codos apoyados en los muslos y el torso levemente inclinado. A sus pies humeaba un cubo de agua del que sobresalían, tristes y deformes, las alas de una gallina a medio desplumar. La observé sin que ella lo advirtiera; tenía plumones blancos adheridos a sus antebrazos desnudos, y al introducir las manos en el agua caliente una efímera expresión de placer cruzó su rostro. Luego agarró algunas plumas y tiró fuerte de ellas; un rizo se balanceaba ante su frente sonrosada y brillante, y la cambiante luz emitida por los leños, bañaba, ora el rostro, ora la falda, de un plácido y cálido tono rojizo.

- ¡Qué! ¿Ahogando a la gallina?

Del sobresalto irguió el torso al tiempo de mirarme sonriente y nerviosa. Me adelanté unos pasos hasta quedar a su espalda; ella continuó con la faena y, mis manos, cayeron sobre sus hombros como dos garras de seda. Sentí su calor traspasando el algodón del traje, las rápidas y leves contracciones de sus músculos y, por unos minutos, volví a ser feliz.

- Déjate de tonterías -dijo desganada al percibir mis manos avanzando hacia sus senos, y al tiempo que las dejé caer al vacío, y quizá por disimular, le comuniqué la idea de quedarme a dormir en la posada-: Bueno, ya sabes donde puedes coger las cosas... ¿No ves que estoy ocupada y no te puedo ayudar?

Apenas me dirigió la mirada durante la jaleosa cena en la que las palabras guturales del teniente Serrallé sobresalían, ebrias y alegres, ahítas de optimismo y exultantes de fuerza, sobre las nuestras; y al levantarnos de la mesa para dirigirnos a las habitaciones, un "buenas noches" que Teresa ofreció al grupo en general fue lo único conseguido de sus labios.

Al entrar en el cuarto el abate Guallart ya había extendido su jergón junto al baúl. A Valenzuela se le veía satisfecho en camisón esperando el sueño sobre la cama de hierro. Yo extendí el colchón de paja a los pies de la cama, y en él me tendí sin desvestirme. Luego, apagada la vela de la palmatoria, comencé a percibir la respiración acompasada de los compañeros, el resuello del descanso humanizando el repiqueteo de la lluvia en la contraventana; y allí, a los pies de la cama de tan feliz recuerdo, me dormí.



No sé qué o quién encendió la mecha, quizá un plato hecho trizas contra el suelo, el desplazamiento brusco de un taburete, o las voces penetrando en el sueño hasta lograr abrirme los ojos en medio de la oscuridad. Continué tumbado, confuso en la semiinconsciencia del despertar, escrutando indeciso y temeroso la negrura de la habitación; pero el rebufe de los compañeros y el incesante batir de la contraventana mal cerrada no lograban espabilarme. Sin embargo sentí un nuevo pinchazo en la adormilada conciencia, un aguijón envuelto en la suplica de Teresa, en su voz incomprensiblemente quebrada y llorosa, en el grito que proclamó angustiado mi nombre.

Al salir de la oscuridad de la habitación encontré la penumbra de la galería; de abajo, de la gran sala, llegaba el discontinuo sonido de un incomprensible forcejeo y la imprecisa luz rojiza de la chimenea. No conseguí ver nada al asomarme a la barandilla, y así y todo percibí cercana e irremediable la tragedia. Descendí la escalera despacio, quizá intentando inconscientemente retrasar el enfrentamiento con la realidad.

Pero la realidad estaba allí, esperando mi auxilio, el socorro que demoré al detenerme dos escalones antes de finalizar la escalera. Sí, fui incapaz de dar un paso más al descubrir lo temido; y la mirada de Teresa, vagamente iluminada por la luz del fuego, por esa luz que parecía surgida de los infiernos, se lanzó esperanzada sobre mí.

La hallé tendida de espalda en una de las mesas, con el rostro ladeado hacia la escalera y la poderosa mano de Serrallé oprimiéndole la boca; una de sus piernas, desnuda y flácida, se balanceaba tan triste como el ala rota de una paloma, mientras el pequeño pie rozaba indeciso las baldosas. Incomprensiblemente quedé mirando, gimoteando, incapaz de atender a la callada suplica de su aterrada mirada. Sabía qué debía hacer pero era incapaz de moverme, y en mi inaudita parálisis continué contemplando asqueado la escena; la otra mano de Serrallé agarrada, como una zarpa, a la pierna desnuda, su melena meciéndose al compás de los movimientos... Y llegó un momento en que Teresa cerró los ojos lentamente, como si con sus párpados cayeran para ella sus últimas esperanzas.

No soy capaz de precisar cuanto tiempo duró mi escandalosa actitud pero, en un momento dado sentí dos golpes, uno tras otro, que me obligaron a descender bruscamente los escalones, y a la vez un impreciso “¡venga!, ayúdanos” navegó cadencioso por mi mente confusa. Tampoco entonces reaccioné; me encontraba allí como en un sueño, igual que en esas ensoñaciones en las que es imposible actuar porque nuestra imagen permanece al margen de los acontecimientos. Y todo fue tan rápido, tan impreciso, tan vital y mortal al unísono, que no logré comprender la sucesión de los hechos. Creí reconocer la figura de Valenzuela descalza y, junto a ella, la más decidida del fraile haciendo presa en el teniente Serrallé; una de las manos de Guallart retorció el brazo del francés, la otra le tiraba de los cabellos manteniéndole la cabeza inclinada hacia atrás. Y el teniente sólo fue capaz de pronunciar un estentóreo: “¿Qué hacéis?, ¡dejádmelo!”, al descubrir las intenciones del lento avance de Valenzuela hacia él; y por un instante, instante eterno, el refulgir del cuchillo en manos del licenciado copó la escena como un silencioso y preciso relámpago.

En el confuso griterío que siguió, Serrallé gemía retorciéndose de dolor en el suelo en tanto, sus manos, cubrían la herida por la que escapaba, silenciosa y roja, la vida. La escena, presenciada por mis sentidos muda e intemporal, como una pesadilla sin principio ni fin, había conseguido atraer la atención del resto de los habitantes de la posada; y yo, en la asustada perplejidad en que me encontraba, ni siquiera percibí el desacompasado toc toc de las muletas de Tortajada bajando las escaleras, y menos aún la silenciosa figura de Manuel Gregorio ayudando a Teresa.

El ventero se mantuvo en silencio al finalizar el descenso, miró a Teresa, a nosotros, y al francés que maldecía de impotencia al pie de la mesa donde consumara su infamia. Luego avanzó hacia el herido, lo miró, dio la vuelta a una de las muletas, la agarró con las dos manos por la contera, y realizando un esfuerzo de equilibrio la alzó sobre su cabeza para,

ante el asombro del resto, dejarla caer diabólicamente en la de Serrallé. Un golpe, dos, tres, cuatro... y Tortajada perdió el equilibrio y cayó encima de un cuerpo ya exánime e irreconocible. Aquella imagen acabó con mi quietud.

- ¡Déjame!.. Puedo solo.

Y tras el rechazo de la ayuda cobré el pago a mi cobardía. Manuel Gregorio había cubierto los hombros desnudos de Teresa con su casaca de terciopelo y la acompañaba, cerniéndole la cintura, a la cocina. Ella caminaba cabizbaja e insegura, mas al pasar ante mí se detuvo para mirarme de forma tan terrible y furiosa, tan determinante y definitiva a la hora de hacerme ver lo pusilánime de mi actitud, que apenas llegué a sentir el salivazo que me escupió a la cara al reemprender su marcha.

- ¡No te quedes ahí parado!; echa una mano por Dios.

Creo que gritó Valenzuela poco después, al coger el cadáver por los brazos mientras, Gullart, hacía otro tanto por las piernas. Y como un sonámbulo, sin saber muy bien lo que hacía, ayudé a quitar de allí los restos del teniente Serrallé.

Seguía diluviando al salir al patio de labor, y aunque el esfuerzo nos hacía jadear proseguimos arrastrando la tétrica carga hacia el exterior. Cruzamos el pequeño prado resbalando por el barro, cayéndonos una y otra vez, y siempre acompañados por el opresivo silencio del miedo; luego, a unos trescientos metros de la posada, al llegar a una de las encinas, dejamos caer el cadáver. Valenzuela reparó entonces en su camisión irreconocible de barro y sangre.

- Valiente mierda... y encima descalzo: ¡Valiente mierda de noche!

Gullart sonrió, una sonrisa que resultaba macabra en aquella situación, una sonrisa que a su vez acompañó de una mirada hacia la posada; Manuel Gregorio descendía hacia nosotros provisto de azadones y palas. Y allí, a los pies de la encina, terminamos por dar sepultura al francés.

Yo no quería entrar de nuevo en la posada. La última mirada de Teresa aún me arañaba el alma con sus filos acerados, como si el recuerdo de sus ojos me devorara una y otra vez el corazón en un suplicio sin fin. Así, anulado, seguía a los tres compañeros por la pradera; y ni la lluvia, ni el frío, ni el cansancio, cambiaban mi determinación. No, no quería volver a la posada. Valenzuela y Gullart hablaban de la conveniencia de echarse al monte y aguardar, en el impenetrable bosque, el apaciguamiento de las pesquisas que la desaparición del teniente Serrallé desencadenaría. En cualquier caso entrarían en la posada y recogerían sus pertenencias antes de desaparecer; yo no, no podía, y aunque deseaba ver a Teresa para arrodillarme a sus pies y pedirle perdón, me detuve en medio del descampado y contemplé a los amigos alejándose en la noche.

Después caminé sin sentido, sin norte, adentrándome en el arbolado como un animal asustado y herido. Y no reparé en mi agotamiento hasta sentarme en unas rocas; entonces, junto a ellas, enroscado como un perro abandonado bajo la lluvia, me ganó el sueño.

Desperté al amanecer dolorido y tembloroso, quizá con fiebre, no sé, en cualquier caso incapaz de explicarme qué hacía allí. Mas al incorporarme las imágenes de la noche anterior se desbocaron en el recuerdo nublando mis pensamientos; y lloré, lloré como el desdichado que lo tuvo todo y todo lo perdió. Sí, lloraba igual que un niño perdido en tanto caminaba, sin saber donde estaba, por los montes; lloraba de rabia e impotencia, lloraba como sólo lloran los cobardes al descubrir, al fin, su cobardía.

Aquel errático deambular, y quizá porque al destino le divierte ensañarse con los desgraciados, me condujo de nuevo a las inmediaciones de Valdezufre. Había escampado. De vez en cuando entre las nubes asomaba una muestra de cielo azul, una visión que podría ofrecerme frescas e inconcretas esperanzas de ser otro mi estado de postración.

Al alcanzar la linde del encinar contemplé la posada, el prado en declive que la circundaba y la porción de carretera que le antecedía; el paisaje que sirviera de escenario a mis días de dicha. Después, como un elemento extraño incrustado en la estampa, descubrí un carruaje detenido junto a la posada. Tenía la capota echada, pero se distinguía a su cochero fumando distraídamente en el pescante. Ni siquiera tuve tiempo de imaginar a quien aguardaba el coche al ver aparecer, de entre la sombra del emparrado, el corpachón de Tortajada dirigiéndose a él y, al instante, a Teresa y Manuel Gregorio siguiendo los pasos del ventero. Y grité, llamé a Teresa a gritos mientras corría por el prado viendo al coche enfilarse por la carretera. Fue una carrera atroz, desquiciada, impulsada por el agobio del cercano fin, ese fin concretado en los últimos reflejos del carruaje al desaparecer en la lejanía del camino.

Al dejarlo de ver caí de bruces sobre la hierba mojada. No pensaba en nada, no sentía nada, no deseaba nada mirando el tramo del camino real por donde desaparecieron. Y el tiempo se me escapaba, quizá pasaran horas, a lo mejor sólo fueron minutos, no lo sé porque una nebulosa cernía mis sentidos convirtiendo la realidad en una confusa pesadilla. Fue un tiempo fantasmal que comenzó a materializarse con la batahola organizada por la caballería. Provenía del camino real que yo miraba sin ver, pero del sentido contrario. Supongo que fue el instinto quien me incorporó, y el miedo quien me animó a correr hacia el encinar para achantarme entre los matorrales y ver pasar a los franceses. Marchaban igual de marciales que al llegar meses atrás y, sin embargo, había ahora algo en la columna que la hacía más despreciable, una percepción que concreté en los carros, en el transporte de la rapiña conseguida por la soldadesca. No quedó ahí la sorpresa; el Corregidor Garmendia cabalgaba junto a uno de los oficiales, y detrás, casi al final de la columna, descubrí a Fernando Cauti sentado en la lanza de su carro, un carro del que ya no tiraba él sino una rolliza mula.

Pero contra lo imaginado la columna se detuvo frente a la posada, en la carretera. A continuación un destacamento, entre cuyos miembros se distinguía a Garmendia, galopó pradera arriba hasta alcanzar el emparrado y desaparecer, ya con las cabalgaduras al paso, por el patio de labor.

Pasados unos minutos volvieron a salir llevando el caballo del teniente Serrallé de reata. Desde mi escondite distinguía los gestos y aspavientos de los franceses, pero no eran capaces de imaginar lo que tramaban, y menos aún cuando tres de ellos descabalaron y volvieron a entrar en la posada.

Para cuando por fin los franceses regresaron a la columna y reemprendieron la marcha, un espeso humo surgía de las ventanas de la posada. Y salí del encinar para contemplar el incendio, el fuego que crecía por momentos devorando los vestigios de mis recuerdos, las llamas que consumían la felicidad conocida en la antigua posada de Valdezufre.